

deseo de saber ha hecho á los sabios ; el deseo de saber ha hecho á los ociosos.

Eva es la primera muestra de la sabiduría humana.

La política no es otra cosa que pura curiosidad. Es preciso saber lo que hace el gobierno , y el gobierno necesita saber lo que hacen sus enemigos.

Una contribución no es más que una incógnita despejada ; una mirada oficial que se echa al bolsillo de cada prójimo ; una especie de sonda , una simple curiosidad.

Un crimen es á los tribunales lo que la *X* á los matemáticos.

Si no existiera la curiosidad, no se podría vivir; y, sin embargo , yo creo que nos morimos únicamente por averiguar lo que pasa en el otro mundo.



LA SEMANA SANTA

I.

MAY días cuya santa solemnidad viene á despertar en nuestro corazón el sentimiento más alto de nuestra existencia, el recuerdo más misterioso de nuestro origen, la única esperanza de nuestro porvenir.

La Religión llama á nuestra memoria con la voz de diez y nueve siglos.

Empieza hoy el gran aniversario de la redención del hombre.

La raza de Adán ha sembrado la tierra de iniquidades.

Todas las aguas del diluvio no han podido lavar la inmensa mancha de sus delitos.

Sólo puede borrarla la sangre de un Dios.

No hay castigo que iguale al crimen, y es preciso un sacrificio.

La justicia pide la expiación ; la misericordia ofrece la víctima.

El mundo está cubierto de oprobio ; la víctima ha de ser pura, y la víctima baja del cielo.

Se acerca el gran día , y entra en Jerusalén el Redentor del mundo.

El pueblo ciego que lo ha de sacrificar, lo recibe con palmas triunfantes y con ramos de oliva. «Tendía sus vestidos por el camino , y echaba ramas de árboles y hojas de flores , y lo seguía clamando : «Bendito sea el que viene en nombre del »Señor.»

Poco después lo crucificó.

Uno de sus discípulos lo vende por treinta monedas de plata , y la señal para entregarlo á sus verdugos es un beso de paz.

San Pedro lo niega tres veces.

Es abofeteado y azotado , escupido y escarnecido.

Ciñen á su cabeza una corona de espinas.

Barrabás es preferido á Jesús.

Lo llevan á casa de Caifás , á casa de Pilatos, en medio de las injurias de un pueblo frenético.

Al fin lo condenan á muerte.

Colocan sobre sus hombros el terrible instrumento de su suplicio.

Tres veces besa la tierra, agobiado bajo el peso de la Cruz.

Sube al Calvario, y sus manos y sus pies son desgarrados por los agudos clavos que los traspasan.

Así es suspendido en el aire y colocado entre dos ladrones.

Todavía lo insultan.

Los soldados se juegan su túnica.

Su agonía es lenta.

Se diría que la muerte no se atreve á penetrar en aquel cuerpo sagrado.

Es preciso que aquellos augustos dolores no tengan ejemplo, y hasta el respeto de la muerte es cruel para la víctima.

Tiene sed, y humedecen sus labios moribundos con una esponja empapada en hiel y vinagre.

Parece que la ferocidad humana ha agotado sus terribles recursos en este cruento sacrificio.

¡Qué nuevo suplicio, qué nuevo tormento queda que inventar á la imaginación más cruel y más fecunda!

¿No se cree que la barbarie de los hombres ha llegado á los límites de la perversidad?

Pues, sin embargo, aún hay una gota, la última gota, en el fondo de ese cáliz de amargura.

Falta todavía el último ultraje y la última crueldad.

Longinos clava su lanza en el pecho del hijo de Dios, y el sacrificio queda consumado.

La razón turbada se detiene en el umbral de este drama sublime, cuyos lugares son la tierra y el cielo ; sus personajes Dios y los hombres ; su tiempo la eternidad.

Se detiene atónita ante la inmensidad de una misericordia más grande que el universo.

¿Cómo ha de penetrar el hombre en el recóndito seno de ese amor infinito?

Dios mismo baja á sacrificarse por los hombres. El altar es la tierra, y la víctima está sobre el altar.

Ha tomado carne para que sea despedazada; ha tomado sangre para perderla hasta la última gota; se ha hecho hombre para no desperdiciar ni uno siquiera de sus dolores.

Pero ¿quién se atreve á poner sus manos impías sobre este cordero inmaculado?

El aire se perfuma para que él lo respire; la mar se humilla ante su planta; el fuego se oscurece ante sus ojos; la tierra se estremece de dolor al anuncio de su muerte.

¿Qué fiera hambrienta se atreverá á devorarlo?

¿Dónde está el brazo que ha de herir á la víctima?

De la misma raza que va á ser purificada salen los verdugos.

Este es el misterio que viene á llamar á las puertas de nuestro corazón.

Este es el eco inextinguible que viene de siglo en siglo, de año en año, gritando por todos los ángulos de la tierra: el hombre está redimido.

La Semana Santa es el augusto aniversario de una Pasión tremenda; es el recuerdo de nuestra salvación.

El bullicio de los placeres huye avergonzado; los vicios se ocultan; las pasiones se amansan, y la fe llena los templos.

Parece que se respira una atmósfera más suave,

y que todos los corazones palpitan á la vez, oprimidos por el peso de una santa tristeza.

En Madrid se esparce un silencio que todo lo llena.

El ruido tumultuoso de esa población desaparece.

El estruendo de los coches se suspende; las campanas, mudas, no se atreven á turbar el reposo del aire, y la gente va de templo en templo silenciosa y tranquila.

Todo se suspende en estos días de recogimiento y de tristeza, como una señal de luto.

La Iglesia celebra los funerales del Hijo de Dios.

La contemplación de este santo misterio abisma el espíritu, entristece el corazón y alienta la esperanza.

Todo lo que pide el Dios crucificado es arrepentimiento.

Los misterios de la Religión cristiana son para los ojos mortales lo que la luz intensa de un sol de mediodía para esas aves que sólo pueden ver en la oscuridad de la noche.

Semejantes al sol, todo lo llenan de claridad, sin que sea posible fijar en ellos por mucho tiempo los ojos.

El talento más poderoso puede ser incrédulo; pero ¿llegará á serlo nunca un corazón sublime?

¡Cuántas veces los *espíritus fuertes* descubrirán su cabeza ante el sepulcro de un ciudadano que dió su vida por la salvación de su patria!

¡Cuántas veces doblarán la rodilla ante la esta-

tua de un rey que ha salvado á un pueblo á precio de su sangre!

Y, sin embargo, no creen que un Dios se sacrifique por el género humano; que un padre muera por sus hijos.

¿Se negará la deuda porque no hay con que pagarla?

Puede un padre entregar al verdugo su cabeza por salvar la de su hijo; puede una madre dejarse despedazar por no perder el fruto de sus entrañas, ¡y no puede Dios derramar su sangre para redimir al mundo!

Pero esta es la continuación del sacrificio.

La Pasión no ha concluído.

Los personajes del drama santo prevalecen.

Caifás está todavía entre los hombres.

Pilatos se ha perpetuado.

Judas sigue vendiendo á su Maestro por treinta monedas de plata.

La turba que pide la libertad de Barrabás queda todavía sobre la tierra.

La Pasión es la historia de la especie humana.

El mundo es el Calvario de la verdad, de la justicia y de la virtud.

Pero así como la sangre del Cordero divino no se borrará jamás de la tierra, la verdad, la justicia y la virtud serán eternas.

¡Jerusalén! Tú te has extendido por el mundo; pero al llevar tu iniquidad, llevas también la antorcha que ilumina la tierra.

La Cruz se levanta delante de nosotros para guiarnos en esta peregrinación dolorosa.

Ya no es posible perderse sin quererse perder.

II.

El tiempo es santo.

Por vigoroso que sea el impulso que nos tiene en continuo movimiento, hemos llegado á ese período del año, á esa semana solemne en que es preciso pararse.

¡Parece mentira!: después de haber adelantado tanto, llegamos á un momento en que no hay más remedio que retroceder.

He aquí un caso que no se había previsto al declarar al hombre en perpetuo progreso.

Se me representa en estos días el espíritu humano bajo la forma de un niño que ha perdido su casa.

Se ha extraviado en el confuso laberinto que forman las encrucijadas de una ciudad populosa.

Las calles le van saliendo al encuentro, como si experimentaran un verdadero placer en apartarlo cada vez más de las inmediaciones de su casa.

Se puede decir que una lo deja y otra lo toma.

Por un refinamiento de crueldad incalculable, parece que cada esquina le hace creer que detrás de ella acaba de ocultarse lo que busca.

Todas las bocas calles se le acercan, y pronuncian á su oído, como la revelación de un secreto, estas engañosas palabras:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

«Por aquí.»

Las casas mismas, que llevan en sí la alta misión de poner al hombre á cubierto de las indiscreciones de las calles; ellas, que guardan tantos secretos y ocultan tantas miserias, caen también en la debilidad de engañar al pobre niño que ha tenido la desgracia de extraviarse.

Á lo lejos, todas las casas le parecen la suya.

Pero, ¡bah!; ¿quién no toma parte en la tarea, cuando menos divertida, de extraviar más y más al que una vez ha empezado á perderse?

Si un niño no es un testimonio bastante seguro, pregúnteselo á las mujeres.

Si la palabra de una mujer no basta, pregúntesele á los poderosos.

Desgraciado de aquel que empieza á volverse loco. ¿Quién al pasar junto á él no echará una gota más en el vaso de su locura?

En el camino de la perdición, el primer paso es el difícil, porque todo lo demás nos lo encontramos hecho.

¿Qué hay en el fondo de los abismos, que no podemos mirarlo sin sentir un impulso irresistible de arrojarnos en ellos?

El niño va de calle en calle, de casa en casa, esto es, de desengaño en desengaño; y, sin embargo, cada vez cree hallarse más cerca de lo que busca.

No son solamente las calles las que lo extravían, ni las casas las que lo engañan.

Cuantas mujeres ve, le parecen su madre.

Todos los niños que encuentra le parecen sus hermanos.

Todos los hombres que cruzan delante de él le parecen sus vecinos.

El tiempo, que no es curioso quizá porque todo lo sabe, pasa como siempre, sin detenerse ni un momento siquiera á presenciar los variados incidentes de este incesante espectáculo que se llama mundo.

Si el tiempo fuera curioso, probablemente estaríamos aún en los primeros tiempos.

Pero en vano se llena nuestra época de grandes acontecimientos, de raros sucesos, de admirables descubrimientos.

En vano se tienta la curiosidad de ese ser incomprendible, trazando ante sus ojos misteriosos jeroglíficos, planteando absurdos problemas, anunciando interesantes imposibles.

En vano la naturaleza misma se empeña desde el principio del mundo en detenerlo.

Cuatro esfuerzos hace todos los años.

Agota en la primavera los recursos de su belleza, como si quisiera encadenarlo á su hermosura.

Enciende en el verano todo el fuego de su grandeza para sujetarlo á su deseo, como la luz de una bujía encadena alrededor de la llama el inconstante vuelo de una mariposa.

Derrama en el otoño todos los encantos de la tristeza, de esa tristeza irresistible con que las mujeres bañan sus ojos cuando quieren detener al amante que se les escapa.

El invierno tiende por todas partes el frío de la muerte : el agua se detiene, la vegetación se para. Todo es en vano : ni lo seduce la hermosura, ni lo deslumbra la luz, ni lo entenece la tristeza, ni lo hiela la muerte.

El tiempo es así ; tenaz como la gota de agua que taladra la piedra; inflexible como la línea recta.

Jamás hemos podido detenerlo.

Ni siquiera vuelve los ojos á mirar, aunque sea de lejos, este magnífico espectáculo, esta gran batalla que se están dando nuestra soberbia y nuestra miseria.

Á pesar de nuestra atronadora algarabía, el tiempo pasa indiferente, impassible.

¡Cuánto desdén hay en su impassibilidad!

¡Cuánto desprecio en su indiferencia!

No sabe uno si se debe indignar ó avergonzarse.

El tiempo pasa, y el niño no encuentra su casa.

Las cosas que se buscan no son precisamente las que se encuentran.

¡Cuántas cosas no se habrían encontrado aún si no hubieran tenido ellas la condescendencia de venir á ponerse en nuestra presencia!

Casi siempre que se descubre algo, lo primero que se ve es que ha podido descubrirse antes.

Después que se sabe una cosa, parece mentira que no se haya visto hasta entonces.

La ciencia ha pasado muchas veces por delante de los descubrimientos que más la enorgullecen, sin verlos, hasta que ellos mismos han dicho: «Aquí estamos.»

El corazón humano que busca un objeto de cariño, suele no encontrarlo hasta que él mismo le sale al encuentro y le dice : «Yo soy.»

De esta manera le sale al paso la madre al niño extraviado ; lo coge de la mano y lo hace retroceder hasta su casa, desde cuya puerta se había perdido.

Hé aquí lo que hace la Semana Santa.

Nos sorprende en medio de nuestros extravíos, nos coge de la mano, y nos hace retroceder diez y nueve siglos.

En medio de esta civilización opulenta y sabia, en medio de esta libertad moderna y de esta razón casi acabada de hacer, me parece que tenemos derecho á preguntar.

Nosotros decimos : «¿Quién eres?»

La Semana Santa nos contesta con la voz de nuestra propia conciencia:

«Yo soy una tradición inmortal.»

Este aniversario agosto viene como un rayo de luz á mostrarnos el abismo que, valido de la oscuridad, nos atrae hacia sus profundidades.

Por más que gritemos *¡adelante!*, la Semana Santa nos hace volver atrás.

Esto se verifica de una manera misteriosa y triste.

El ruido de la vida, el tumulto de las pasiones y de los intereses, y la agitación de los placeres, se apagan como una voz que se extingue.

Parece que la humanidad se oculta en el silencio y en la tristeza, como si no quisiera ser reconocida.

Va á prosternarse ante un sepulcro que ella misma ha abierto ; va á besar los pies de la víctima que ella misma ha crucificado.

No es Madrid el pueblo de España donde esta solemnidad se celebra con la pompa majestuosa con que tan augusto misterio debe retratarse á los ojos del pueblo.

¿Y por qué?

En Madrid hay de todo : magníficos palacios, un gran teatro , acaso un gran pueblo , muchos grandes hombres , casi toda la grandeza de España ; de aquí salen siempre las grandes cosas ; tal vez en estos instantes se fraguan grandes acontecimientos.

Esto es natural: los que gozan, los que medran, los que intrigan , los que saben vivir , no debían quedar desatendidos.

Los que creen... eso es otra cosa. Quizá quieren demasiado para estos tiempos de economía y de política.

Quieren un gran templo.



EL CRÉDITO

TIENE la riqueza su perfume como las flores, su espuma como el agua, su atmósfera como la tierra, su espacio como el universo, su poesía como el corazón, su espiritualismo como las ideas.

El crédito es al dinero lo que el resplandor á la luz, lo que la sombra al cuerpo, lo que el eco á los sonidos.

Se puede decir que la riqueza es una especie de aritmética en que los guarismos inflexibles no suman nunca más que la cantidad exacta, esto es, la cantidad que hay; al mismo tiempo que el crédito es una especie de álgebra que nos representa por medio de letras fantásticas las cantidades que se sueñan.

Aunque parezca raro, es indudable que la riqueza

za tiene su metafísica, su parte abstracta, su fantasía.

El dinero es la realidad, y el crédito la ilusión.

Crédito, digan lo que quieran los economistas, no es más que la pompa del capital, el brillo del oro, el ruido del dinero.

Por medio de ingeniosas combinaciones de cristales, se ha conseguido dar á los objetos más imperceptibles, dimensiones fabulosas.

Así es que al través del microscopio, una gota de agua nos parece el mar, un grano de arena una montaña.

Mucho antes que la ciencia descubriera este medio sencillo de engrandecer todo lo pequeño, la razón, las pasiones y los deseos habían hecho mares de gotas de agua, y mundos de granos de arena.

La razón tomó por su cuenta á ese grano de arena que se llama hombre, y nos lo hace ver, por un esfuerzo de óptica, bajo las formas gigantescas de un Dios.

El amor no quiso ser menos que la razón, y apoderándose de nuestros ojos, cogió esa gota de agua que se llama mujer, y la hizo aparecer sobre la tierra tan grande como un océano de felicidad.

Los deseos, ese vidrio de aumento al través del cual miramos todo lo que apetecemos, nos presentan continuamente mundos ignorados y cielos desconocidos, que á la simple vista no son más que granos de arena y gotas de agua, que el viento de una noche se lleva ó el sol de una mañana disipa.

El nombre, esa contraseña con que viajamos

por la vida, tampoco quiso contentarse con los límites propios de su naturaleza, é inventó el eco prodigioso de la fama y el cristal fantástico de la gloria.

Por medio del ingenioso mecanismo de la posteridad, adquirió el privilegio exclusivo de irse engrandeciendo en la misma proporción que se va alejando.

Este sistema inexplicable, que consiste en aumentar una cantidad sin añadirle nada, se interpuso misteriosamente entre las íntimas relaciones de los números y se encuentra medio escondido en las primeras nociones de la aritmética.

Cero: he aquí la demostración matemática de ese sistema.

Aplíquese el cero á la derecha de cualquier guarismo, y la suma crece indefectiblemente, sin que pueda decirse que se le ha añadido una nueva cantidad.

La riqueza, cuya propensión natural es á aumentarse, debió pensar seriamente sobre todo esto, y debió buscar para sí la aplicación eficaz de un sistema tan maravilloso.

Á fuerza de discurrir, tropezó con un rayo de luz.

Brilló á sus ojos el oro como un pensamiento luminoso, ó, mejor dicho, como la forma de su pensamiento.

El problema le debió parecer resuelto á primera vista. La cuestión era llenar un espacio vacío, y adquirir al mismo tiempo la facilidad de moverse en todas direcciones.

El oro, por una condescendencia sin ejemplo, se prestó á la prueba, sin duda por la codicia de aumentar su valor.

Entregóse á las terminantes exigencias del cuño, y la moneda apareció como una expresión feliz, como la fórmula ignorada de una idea que todavía no había tenido su perfecta representación.

La riqueza adquirió, por decirlo así, su palabra, su frase corriente, su traducción natural, y el dinero se hizo el intérprete de todo valor, abarcando hasta el valor inmenso que un hombre necesita para venderse.

Así empezó el dinero su brillante carrera.

Su misión era llenar el vacío, y se hizo de oro para deslumbrar, se hizo sonoro para meter ruido, y redondeándose poco á poco, consiguió la figura más á propósito para circular rápidamente por la superficie de la tierra.

Pero todo esto no era en realidad más que un paso; la ilusión fué desvaneciéndose, y resultó al fin:

Primero, que el resplandor era mayor que la luz.

Segundo, que era más el ruido que las nueces.

Tercero, que la rapidez no consigue jamás que un cuerpo pueda estar á un mismo tiempo en todas partes.

Suma total: que el dinero no llenaba el vacío del bolsillo público ni el de los bolsillos particulares.

En vano corría de un punto á otro, saltando de una á otra mano, escapándose sucesivamente de todas partes para no hacer falta en ninguna.

El bolsillo es intransigente como el estómago; y cuando se siente vacío, no hay manera de vencerle.

Había necesidad de descubrir un medio más seguro, un procedimiento más completo, porque el dinero no era bastante, y la riqueza no crecía con la rapidez necesaria.

Era preciso crear el microscopio, el espejo de aumento, el cero maravilloso.

Un día la riqueza, fatigada de verse tan pobre de recursos, debió quedarse dormida.

Si los sueños son algunas veces las representaciones engañosas de nuestros más vivos deseos, la riqueza debió soñar que se multiplicaba como las arenas del mar y como las estrellas del cielo.

Si lo soñó, debió creerlo; porque una de las cosas más admirables del sueño, es que, después de habernos engañado mil veces, no hay una vez siquiera que soñando no nos parezca verdad todo lo que soñamos.

La mentira no ha encontrado otra manera de vivir, y así es que muere en el momento que deja de parecer verdad.

Despertar es simplemente salir de un error.

Pero la riqueza se encontraba en el caso de aprovechar hasta el último recurso, y la verdad es que durante el sueño había creído en su prodigiosa multiplicación.

No se daba cuenta de cómo había podido dejarse engañar.

Sin saberlo estaba al borde del descubrimiento.

El fenómeno que no comprendía, no era ni más ni menos que lo que buscaba.

¡Crear en una riqueza imaginaria! Esto no cabía dentro de la cabeza del dinero.

No obstante, el dinero es calculador, y al fin penetró en el secreto.

En él estaba el microscopio, el espejo de aumento, el cero inagotable; allí estaba el CRÉDITO.

Á esta palabra mágica, el bolsillo se dilata como un pecho que respira, y se transforma en Bolsa. Necesita un nombre proporcionado á su nueva magnitud.

Exsistía el germen de una raza oscurecida, ignorada, que aún no había encontrado la aplicación de sus facultades; un nuevo ser que necesitaba otra atmósfera para vivir, y detrás del crédito brotó el banquero, como brotaron nuevas generaciones de plantas después de las aguas del diluvio.

Le llegó su vez, y apareció: antes no había tenido nada que hacer sobre la tierra.

Hasta entonces no se habían conocido más que en el mar los bancos de arena, en los jardines los bancos de piedra, los banquetes en ciertas solemnidades, y el banquillo de los acusados en todos los tribunales.

De repente apareció el *Banco*.

Banco es la facultad de disponer de mil, no teniendo más que quinientos.

Es doblar un capital con la misma prontitud y con la misma facilidad que se dobla una esquina.

Es omitir dinero y emitir papel.

Es el modo sencillo y breve de pedir dinero prestado á todo el mundo por medio de billetes.

No es solamente el modo sencillo de pedirlo, sino también el modo de obtenerlo sin rédito ninguno.

Crédito, que, según los economistas, quiere decir confianza, es una palabra que se aplica indistintamente al bolsillo de cualquiera.

Más que confianza debía llamarse franqueza.

Es una promesa que va de un punto á otro con incansable movilidad, y que nunca se cumple por completo.

Crédito es el déficit que no se liquida jamás definitivamente.

Colóquese un duro en el centro de un círculo de espejos, y la multiplicación saltará á la vista; en cada espejo aparecerá un nuevo duro. Tratándose de espejos, esta es una verdadera especulación.

El que tiene un duro, tiene muchísimo más de veinte reales. Tiene tantos duros como personas saben que lo tiene.

Por otra parte, el crédito no es la medida de lo que hay, sino la suma total de lo que debía haber. Por eso es tan grande.

En todo grano de trigo hay una espiga. No falta más que sembrarla, cuidarla por espacio de muchos meses, y que al fin la espiga cuaje y se sazone.

Esto, como se ve, es minucioso, largo é inseguro. El crédito es la rápida abreviatura de todo esto.

No se necesita sembrar el grano de trigo ni cui-

darlo, para traducir en pan la espiga que no ha nacido todavía.

El crédito ha venido en cierto modo á sustituir á la caridad. Antes, el que no tenía un cuarto, vivía de limosna; ahora, el que no tiene dinero, vive de crédito.

No debe extrañarse, por lo tanto, que el crédito haga tanto papel.

Lo natural, lo lógico, es que el hombre se coma lo que se le pone delante, y delante tiene siempre todo lo que está por venir.

El crédito ha suprimido el tiempo y ha borrado el espacio.

Lo que puede ser alguna vez, es ya, ha dicho, y es.

La fuerza de todo sofisma consiste en hacer que las cosas sean lo contrario de lo que son.

Así es que se ha hecho del crédito una inmensa riqueza, siendo, por el contrario, una inmensa necesidad.

Nos parece que es lo que sobra, cuando no es más que lo que falta.



EL DINERO.

INDUDABLEMENTE hay muchas cosas que contar: pero yo no las sé ó no debo saberlas. Los sucesos tienen también su vida privada, en la que no es lícito meterse.

Sería verdaderamente una transgresión abominable del sentido moral hacer que el público penetrara en el hogar doméstico de los acontecimientos.

¿Qué efecto tendría la representación de una comedia, si el auditorio pudiera estar al mismo tiempo en las butacas y entre bastidores?

Hay ocasiones demasiado frecuentes en que es preciso que el hombre ignore lo que sabe.

Los acontecimientos tienen también su pudor, y salen á la calle como las mujeres honestas; esto es, perfectamente vestidos.

Nadie tiene derecho á levantar el velo con que se cubren antes de realizarse.

Así es que circulan en todas direcciones una

porción de secretos que el público guarda con religioso silencio.

Hay muchas cosas que no se pueden contar en voz alta.

En cambio se puede contar el dinero públicamente.

Y eso es lo que se cuenta.

¡Qué ameno debe ser un cuento de duros!

Dejo á mis lectores que calculen el interés que pueden llevar consigo veinte millones de reales.

Ignoro cómo no se ha ocurrido á alguno de nuestros escritores dramáticos la idea de una comedia cuyo título fuese: «¡Un millón de reales!»

Este sería un argumento digno de contarse.

Dice la medicina: el hombre no puede vivir sin aire, sin agua, sin pan.

Me parece mucho más sencillo que hubiera dicho: el hombre no puede vivir sin dinero.

Es verdad que la medicina está muy atrasada: todavía cree que un hombre no puede vivir sin corazón.

El que tenga una onza de oro, que la consulte, y ella le dirá: lo que el hombre no puede es vivir sin bolsillo.

Cuando yo considero que Matusalén vivió novecientos años, me convenzo de que la invención del dinero es posterior á los patriarcas.

Desde que el dinero es la vida, nadie se atreve á vivir novecientos años.

¿Quién podría reunir el capital que se necesita para vivir tanto tiempo?

Y esto es evidente.

Cuando se trata de un hombre muy pobre, todo el mundo exclama lleno de admiración: «¡No se sabe cómo vive!»

La avaricia es casi siempre una pasión de la vejez, y se concibe perfectamente: los que más desean vivir son los viejos.

Son muy pocos los avaros que se mueren jóvenes, porque aplazan la muerte indefinidamente, como una deuda que tienen que pagar y no quieren pagarla.

Yo creo también que el avaro, ese pellejo de onzas, sólo se muere de sentimiento: lo ahoga una idea tierna.

La idea de que no pueda llevarse sus tesoros, lo mata.

De esta triste necesidad no se convence hasta el último momento, por cuya razón no se muere antes.

¡Dinero! Esa es la vida. Un pobre es un cadáver; por eso se le sepulta en el Hospicio.

Entre los hombres y las mujeres, los hombres pueden ser más pobres, porque ¿qué mujer no tiene á lo menos un cuarto de hora?

Una de las cosas que en Madrid cuesta más dinero son los cuartos. Los caseros los cambian por oro.

Mi casero, elevando su pensamiento á la altura de su casa, ha escrito en la puerta del último piso esta doble idea:

CUARTO CUARTO.

Con este argumento quiere convencer á los inquilinos de que deben pagarle dos alquileres cada uno.

Oyó una vez un casero de Madrid contar que al regicida Damiens lo habían hecho cuartos.

—¡Ah! (dijo con cierta envidia); en París los alquilaría al momento.

Dudo que haya en Madrid algún casero á quien no se le ocurra á menudo la idea de alquilar los cuartos de la luna.

¡Cuarto! palabra de doble sentido, que es al mismo tiempo la expresión más oscura del dinero y la manifestación más ínfima del hombre.

Lo último que la moneda puede ser en una capital cualquiera, es cuarto; lo menos que un hombre puede ser en cualquiera capital, es inquilino.

Así empiezan el dinero y el hombre.

Se unen necesariamente en cuanto se ven, en cuanto se tocan, como el aire y los pulmones, como la luz y los ojos.

En el sistema monetario se procede por síntesis. Así se ve que una peseta no es más que la condensación de treinta y cuatro cuartos, y una onza la quinta esencia de diez y seis duros. Por lo cual podemos decir:

La gran síntesis es el oro.

¡Es singular!: Dios hizo al hombre de un poco de barro, y encerró dentro de él un soplo de su inteligencia.

El hombre ha cogido un poco de oro, y ha encerrado dentro de él su pensamiento.

El dinero engrandece; por eso el hombre no tiene inconveniente en ser ruín para llegar á ser rico.

El oro todo lo puede.

Esto lo ha dicho el hombre para dejarse vencer sin esfuerzo.

Todo el que cuente mucho dinero acabará casi siempre con las manos manchadas.

Se me figura que las felicidades humanas son indignas del hombre desde que se compran con oro.

¡Y qué virtudes son las que se premian con el dinero!

Todavía no he podido averiguar el mérito que tienen los números que tan á menudo premia la lotería.

Se han elegido para las monedas los metales; esto es, lo más frío, lo más duro, lo más insensible que hay en la naturaleza.

¡Un duro! ¿Se le puede dar á una moneda un nombre más elocuente?

¿Hay algo en el universo más cruel que los veinte reales que un padre necesita para dar de comer á sus hijos en un día de hambre?

El dinero desaparece lo mismo que la vida, llevándose todo.

Con el último duro, suele irse el último amigo.

Los sastres son unos grandes filósofos que conocen al hombre perfectamente.

Ellos llenan la ropa de bolsillos.

Yo he llegado á sospechar que algunos pobres no se mueren porque no tienen con qué morir.

¡Dinero! esto es lo que circula.

En este Océano, todo el mundo navega por llegar á puerto rico.

Hay hombres que se enamoran de las mujeres rubias sólo porque tienen cabellos de oro.

Desde que se ha descubierto que se puede *hablar en plata*, andan los hombres unos detrás de otros cogiéndose las palabras.

He aquí á Madrid : pies de barro, cabeza de aire, corazón de oro.

Estoy seguro de que no faltará quien guarde cuidadosamente estos renglones, porque al fin y al cabo están llenos de dinero.

Se cae un hombre en medio de la calle, y la mayor parte de la gente que transita por ella sigue su camino como si tal cosa ; pero deje V. caer una peseta, y que suene sobre las baldosas, y todas las gentes detendrán el paso.

El ladrón, que es el hombre que más profundas observaciones hace sobre sus semejantes, lleva siempre en la boca de su pistola este incontestable dilema: la bolsa ó la vida.

Él sabe que sólo la vida puede valer tanto como la bolsa.

Desde luego el dinero vale más que la felicidad.

He oído algunas veces á los ricos soltar estas palabras:

—¡Ah! los pobres son mucho más felices que nosotros.

De lo cual deduzco yo que al hombre le cuesta

menos dar á otro más felicidad de la que él tiene, que darle dos cuartos.

En fin: la soberbia humana tiene que reconocer la humillante verdad que se encierra en estos dos últimos renglones.

No hay más que arrojar un duro al suelo para que todos bajemos la cabeza.

